



En Riso

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO

D. CARLOS FRONTAURA

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.—Teléfono 684.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.

Extranjero y Ultramar: Año, 15.

Número suelto, 15 céntos.—Atrasado, 25 céntos.

NUESTRAS CRIADAS, *por Rojas.*



—Espere, señorita, que voy á dar la vuelta al carbonero.



CRÓNICA.

Tengo un amigo que no se ocupa en trabajo alguno, porque vive de su renta, que es buena, y siendo viudo, sin hijos, y hombre ya entrado en años, no necesita preocuparse del porvenir. Sabe que le han de heredar sus sobrinos, que probablemente estarán pensando que vive demasiado el bueno del tío...

Pues este amigo, que es un gran paseante, eterno *flaneur*, y madrileño entusiasta de Madrid y de las mujeres de Madrid,—y aunque sean de otra parte también le entusiasman—pasa la mayor parte del día en la calle, haciendo observaciones con que se divierte, y sabe mucho que ignoramos los que no estamos entregados á la ociosidad.

El campo en que se mueve mi amigo es muy vasto, es todo Madrid y sus afueras, pero en invierno se limita á pasear por las calles principales, y especialmente por la Carrera de San Jerónimo. Ayer le encontré.

—Hijo, me dijo, éste es un gran observatorio. Por aquí pasa todo el mundo. ¿Ves esa señorita que lleva el perro trincado por un cordón?

¿No sabes quién es?... Pues yo sí, y ya nos conocemos de ver-nos todos los días. Pasa lo menos diez veces por esta calle cada veinticuatro horas. ¿Su historia?... Vino con una compañía de opereta italiana, y con su mamá. En la Alhambra ganaba cinco francos, con lo que una mujer como ella no tiene para vestirse... Rompió con el arte, la compañía se fué y ella se quedó con su mamá. Esta dirige una *pensión*, casa de pupilos que decimos en castellano..., y ella, Corina, ameniza la existencia del pupillaje cantando cositas de *Madame Angot*, y *Le petit duc*, y espera que cierto *estudiante* de buena casa, su huésped, se case con ella, aunque preferiría á un *deputado* rural que ha venido á caer en manos de la mamá desde que principió la legislatura.

Por la Carrera de San Jerónimo pasan todos los días, dice mi amigo, las mujeres más hermosas de Madrid. Por la mañana pasan pocas; alguna mamá con las niñas, que van á tiendas á comprar calzoncillos y calcetines para papá en la calle de la Victoria, ó tela blanca para enaguas de ellas; mamás y niñas, económicas por

fuerza, que regatean sin hacer caso da las letras grandes que en el interior de la tienda, dicen «*Precio fijo*». El precio fijo es el que ellas ponen. También suele aparecer de mañana alguna dama principal con su velo tupido cubriéndose el rostro, su abrigo hasta los pies y el libro en la mano, andando gallardamente y deprisita; va, sin duda, á sus devociones ó á visitar á un pobre.

Desde las tres á las seis, continúa mi amigo, esta calle es el Paraíso, pero un paraíso lleno de Evas y Adanes. ¡Qué mujeres! Ya no cubren el peregrino rostro con el espeso velo, ya dejan ver el animado rostro, los ojos encantadores, la sonrisa picaresca... Yo me coloco á la puerta de la litografía, y ¡venga de ahí!... Allí viene la de Pajarrete, que estará ahora en su oficina poniendo notas y contranotas en los expedientes. Es la jamona más fastuosa que pasea por Madrid. ¿Y la que la acompaña?... Es viuda de un coronel, capaz de revolver á Roma con Santiago, ella, no el coronel. ¡Y cómo se pinta!... Ni Pradilla, ni Plasencia, ni Muñoz Degraín, han pintado en su vida un rostro como el de esa viuda. Dicen que el marido murió de amor y envenenado. Cuando entraba en su casa besaba castamente á su mujer lo mismo que

cuando salía, y el hombre se iba tan satisfecho con la muerte en los labios. Son dos de nuestras primeras mujeres.

Siguen á éstas la condesa del Cieloraso con sus tres hijas. No te puedes figurar tres chicas más traviesas, preguntonas y burlonas. Siempre se van riendo; feillas son, pero tan elegantes, tan listas, tan sencillas y airosamente aderezadas, que encantan á todos con el irresistible atractivo de la gracia y la juventud. Su madre las sigue siempre trabajosamente; la pobre está muy gorda y le pesa el cuerpo enormemente. Van á las tiendas de novedades: todo lo ven, todo lo revuelven, todo lo preguntan... y lo que se llevan lo apunta en sus libros el comerciante... y cuando reciben letra del conde, que está prolongando la tisis en Niza, lo pagan. A cada paso encuentran conocidos, y se detienen, y así descansa un poco la madre, que después descansa sentada en la tienda, y alegran la calle entera con su risa, y con el ingenio de sus preguntas y sus respuestas.—Apoyada perezosamente en el brazo de su marido, viene luego la linda, según los periódicos, hija de los señores de la Panoja, que se casó ayer con el joven jurisconsulto don Teodoro de la Verbena, hijo del comerciante Verbena y Compañía. Ella es guapita, pero él ¡qué feo! delgado, largo, estrecho de todas partes, con unas tirillas enormes, con su corbata de los colores nacionales, sus guantes de color de lila, su levita ajustada, como si estuviéramos en Agosto, su pantalón marrón... Ella le mira, de cuándo en cuándo, como quien dice: «¡Y esto es para siempre!» y él lleva cara de contrariado, viéndose objeto de curiosidad. Dios los haga unos santos. Ahora irán á ver á papá Verbena y Compañía, y luego á comer en casa del padrino, un fabricante de no se qué, concejal él, autor del suelto que todos los periódicos publican dando cuenta de la boda celebrada ayer. Dejémosles seguir su camino de perfección, y saludemos respetuosamente á la majestuosa generala N..., que viene desafiando al mundo, erguida la gentil cabeza, coronada por un pájaro que debe ser un águila de menor edad, pisando fuerte y revelando en su porte la importancia social que todo el mundo le reconoce. ¿Quién vá con ella?... La de Pimentilla, una mejicana, morena, con unos ojazos capaces de sugerir las mayores locuras... Su marido dicen que es una potencia en Méjico, un hombre que no sabe siquiera lo que tiene, con una renta de cinco mil pesos ó cosa así por hora. Ella ha venido á ver la *Gran vía*, y ha llegado cuando ya no se representa. Ahora se ha empeñado en hacer venir á su marido. El invierno próximo ya estará aquí, y todo el mundo elegante se relame pensando qué suntuosas fiestas dará el matrimonio mejicano.

—Por aquí—continúa mi amigo—pasan todos los diputados, desde los más conspicuos hasta los más insignificantes. Con sólo mirar á los primeros

á la cara, adivino el estado de la cosa pública. Allí Romero viene con su escolta de amigos y entra en su Círculo. Es que ha caído que hacer, y todos los días cae que hacer. Poco después veo un grupo de ministeriales que entra en Lhardy. No tardará Abascal. ¿No es aquél Echegaray?... El mismo. No va á Lhardy, va á la librería. De la misma acaba de salir Núñez de Arce abrigándose el cuello, y no tardarán en venir al mismo sitio Valera y Manolo Palacio. Ya estuvo antes Campoamor. Por la Carrera de San Jerónimo pasan todos los días todos los escritores. Todas las tardes veo también á Mario, que viene del ensayo en la Comedia; el inolvidable Mario, que trabaja todas las noches y dos veces los domingos durante toda la temporada, y á quien debe mucho el arte teatral... aunque no pide subvención. Ahí viene desempedrando la calle el coche de Albareda con éste dentro. ¡Buen tronco lleva don José Luis! Ahora no está Frascuelo en Madrid, y lo siento. Este diestro, con su chaquetilla verde y su cara curtida, es uno de los mejores adornos de la Carrera de San Jerónimo. Cuando se pára á la puerta de la litografía, la gente se detiene admirando su garbo y con el afán de oír alguna de sus frases académicas. Tiene mucho atractivo eso de ver de cerca á un hombre que se pone tan cerca de los toros...

De pronto mi amigo echa á andar, y me dice:

—Ven, hijo; escabullámonos entre la gente.

—Pues ¿qué ocurre?—le pregunto.—¿Qué has visto?

—Ese que va ahí delante. ¡Gracias á Dios que no nos ha visto!

—Pues ¿quién es?... Mala facha lleva, pero parece un infeliz. No será tu acreedor, supongo.

—Peor que eso. Cuando me ve se me acerca, se pone á hablar conmigo, me tutea, y no me deja hasta que me da un sablazo.

—Y tú ¿para qué le permites que te lo dé...

—Porque sólo así se marcha. Mirale, mirale; ya ha cogido á don Martín Esteban y le va á partir. De fijo que empieza hablándole de la Tabacalera y del Banco de España, y acaba pidiéndole una peseta. Y no tiene más remedio que dársela. Yo, cuando no puedo ocultarme, antes de qué me hable le entrego cinco perros chicos... y se conforma.

VENTURITA.

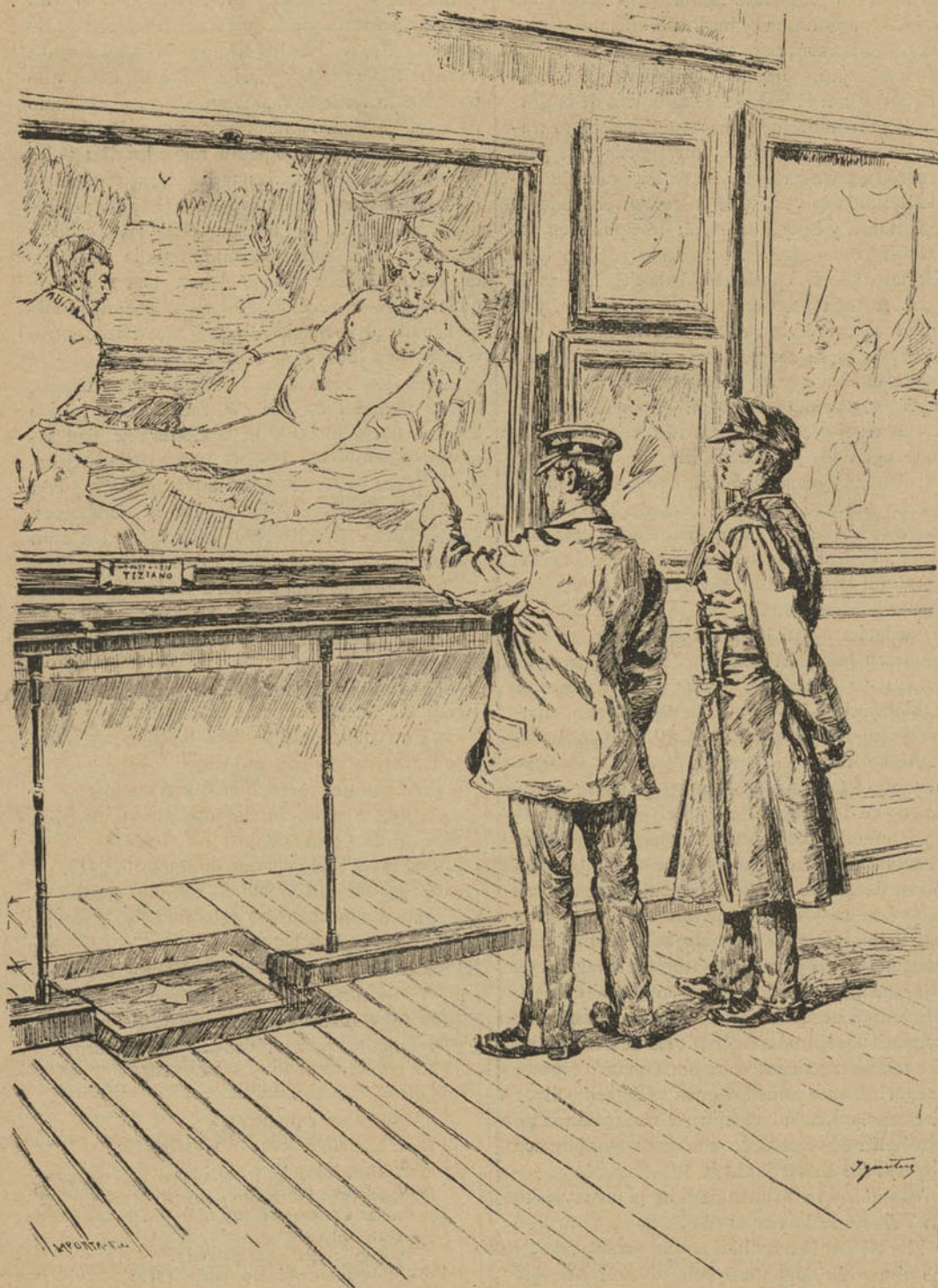
EPIGRAMA.

Con Rosario, vieja loca,
que lleva fama de rica,
tiene Federico Roca
trato que á las gentes choca
y que ya en historia pica.

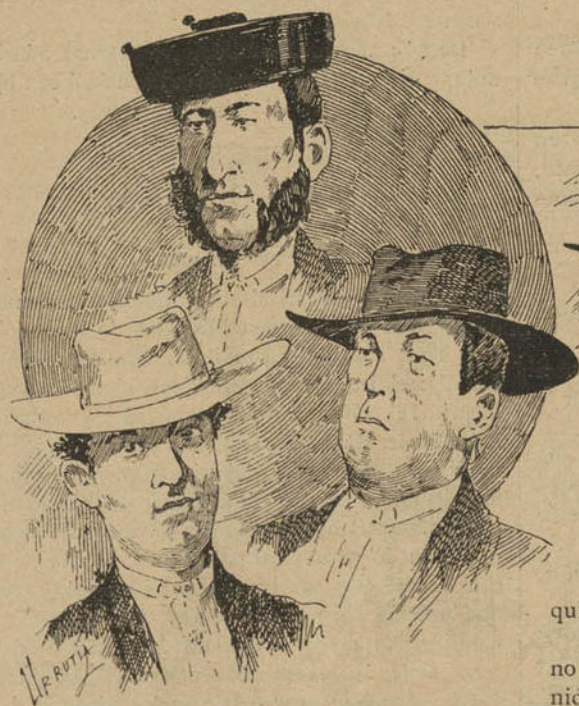
—¿De ese gusto estrafalario
(díjele ayer) no te afrentas?
Y él me respondió:—¡Canario!
Necesito mi Rosario...
para pasarle las cuentas.

ARMANDO AIVECIA.

EN EL MUSEO DE PINTURAS, por Ignotus.



—Mira, ésta es Venus, querida que dicen que fué de Felipe II.



COLETAS Y COLILLAS.

Señor director de LA RISA inclusiva:

Me dirijo á usía, manque no deba desirlo, pa suplicarle que dé en su periódico argo de cosa é toros, que lo está pidiendo el país.

Y usía, que es pa todos y pa mí manque más otavía persona degusto y que en su terreno ha recogío parmas y tabacos, no desatenderá esta súplica.

Y premita Dios que sárgaste pa un siyón de la jabla casteyana con sus cinco duros por corría ó por sesión, que me han dicho que cobran á modo de dieta. Asina me viera yo con cuatro ú cinco dietas diarias y no me acordaría de comer más, ni de manuscibir revistas de la fiesta nacional, que ya ni se paese fiesta en argunos días.

Pero enantes de pasar á otro punto quisiera yo saber la opinión de usía sobre lo referente á las corrias consideradas como espetáculo ó como estitución, que asina las mira ya la gente.

La coleta es un destintivo mu chinesco, pero mu honroso cuando se sabe llevar y mu deshonrrible pa los sinvergüenzas.

Las primeras aspiraciones de la juventud ilustrá son las de dejarse el pelo.

Pa las gentes civilizás, decir persona de pelo trensao es aún más que decir director del ramo, más otavía que decir obispo sobrestante, y más que diputao incunable y más que yamarle á un hombre la Patti, cuasi, cuasi.

La coleta se haya al alcance de todas las fortunas desde hace algunos años.

Y no se imagine usté que yo soy de los que quieren susidiarse porque murió er Pepe Hillo.

Pero que en otros tiempos (y ya salió aqueyo) no se dejaba un hombre la trensa sin tener dignidad artística y nacional.

No quíe esto desir que hoy se la dejan toos los sinvergüenzas, porque hay muchos de la espesie sin ser coleopteros.

Pero, vamos, que hay muchos.

Un afisionao colín no es afisionao ni ná, ni representa ná entre sus conocidos, ni pa las mujeres de respeto y pundonor.

Y en cuanto que se deja la cola, por fin que se le conoce y puede uno decir:

—Ahí va un torero, bien ó mal comparao.

Según cree un inteligente amigo mío y que sabe muchas cosas de historia, desde el Esopo ú hisopo jasta el almenaque zaragosano, pocas personas grandes ha habido en España sin coleta.

Habrá usté chanelao de corrió que el hombre es arrimao á la cola.

Vamos, que vive y que bebe con los artistas alusivos al toreo, y que «si un día, — como asegura su señora, — le quitaran los cuernos, se moría solo».

La coleta, cuando se sabe llevar, es un pregón que dice:

—Aquí va un valiente.

Pero cuando la yeva un maleta, no es trensa ni cola, sino coliya.

Hay coliyas de torero mu respetables en el arte.

Pongo por casos: Peluquín, en Seviya; en Madrid, el Muñolero, y Mojoso y otros varios han sido famosos en sus respectivos distritos; toreros que han quitao la vista cuando estaban en activo, y que hoy conservan argo, manque sea poco: tan siquiera la ropa.

Ellos han visto y aun servido pa abrir la

portería ó pa contribuir con banderillas y demás avíos á los grandes peones.

Ellos han asistido á los funerales del toreo antiguo y al nacimiento del toreo moderno posterior al Hurón.

Ellos tienen vista, pero de aumento; que en cuanto filan un toro en el kilómetro inmediato, ganan las tablas para evitar compromisos y complicaciones entrenacionales.

Un chulo sin coleta parece un perro colín.

Le farta la compostura, el decorao.

Observe usted que los toreros más chicos usan la trensa más larga.

Asín como á los cabayeros chicos les gusta el yevar sombrero de copa arta, pero que por la artura pueden servir pa farola en un puerto.

Como el ejercicio de la tauromaquia está desamortizao y se echa á torero cuasiquier persona á quien no le tira la política, es incalculable el número de *diestros* que hay en el mundo.

Deben de nacer de tres en tres, cuando menos.

Pues aún escasean para el consumo.

Y es que como se suertan solos, sin academia ni maestro, lo mismo salen á torear á un buey vitalicio que torearían un bistel con muchas libras y muchas papas.

Cuando veo esos pelotones de aficionados activos que se mantojan pelotones de jigos en un esportivo, me estremezgo y me digo:

—¡Si todo eso se pudiera aprovechar... pa el toreo, ó pa la agricultura, ó pa la marina! Otro pelo se podrían dejar entonces el arte y el país.

Pero como todo anda malo y no sabe uno qué hacerse, y la de torero es carrera libre, ¿quién me quita á mí que me deje la trensa, y que me ensaye con la patrona y me cuele después en una cuadriya?...

Esto era enantes más dificultoso; pero ahora...

Es un decir, según la cuadriya.

Pa colar en otras, hay mucha Guardia Civil.

Muerto Melgares y Frasco Antonio y otros, no queda más que el Bizco del Borge.

Y á ése le han ofresío cortarle el pelo.

Yo me pienso, señor director, que si los *diestros* no usaran trensa ni otro distintivo, habría de haber menos toreros.

Porque con eso pasa lo que con la milicia nacional, cuando la hemos usado; que si se suprime el uniforme, naide quíe ser melisiano, porque no se lo conosen los transeuntes.

Yo, manque esto se le antojé á usá un atrevimiento, me atrevo á suplicarle que me diga si piensa jaser argo correlativo á la fiesta é toros, y qué opinión le merecen á usted el arte y los artistas, generalmente hablando, y dejando á un lao á los reyes respectivos del toreo.

Que misté que usá puede jaser mucho por la patria empitoná, y por el arte, y ayudar á la afi-

sión en cuanto sea compatible con la legalidá insistente y demás.

De usá siempre humilde y respetuoso admirador y ciervo (no sé si manscribe asín ó con h).

SENTIMIENTOS.

EN LA OFICINA.

A MITAD DE MES.

—¡Suerte fatal! El destino muchas veces nos destina á la vida insoportable, fatal, de las oficinas. Todo con día y con hora, todo con hora y con día; el leer varios periódicos, el tomar café de prisa, el contestar á las cartas, el jugar algo á las mismas; el murmurar de los jefes y el recibir las visitas, apenas nos deja tiempo ni para echar una firma... como no sea al brasero, ó á la nómina bendita. ¡Bendita, no! Más bien coja, porque nunca va de prisa, ni al paso de los ingleses, que son los que más caminan. Hoy es quince, y creo que la firmé hace treinta días... Aún no está el habilitado, que éstos que nos habilitan acuden tarde, si acuden, esperando acometidas. ¡A quince! Pero, señor, qué pronto se van los días... sí, los días son los cuartos. Nada, la cosa es precisa, y hoy tomaré media paga... y luego lo que Dios diga.

Á FINES DE MES.

—De cuanto se firma aquí, yo afirmo y hasta confirmo que nada se firma con más amor y más cariño que esta bienhadada nómina del bienhadado destino. La nómina es el barómetro... de lo que quiere el ministro, y brújula del empleo, frís de tiempo benigno; en fin, la palabra *nómina* parece tiene un sonido, si de papel, de billetes; si de metal, argentino, que fascina, que hipnotiza á todos, grandes y chicos. Cuando pasen ocho días cobraremos. ¡Dios benigno! ¿Quién resiste una semana?... Yo, á lo menos, no resisto. Hoy me marchó un poco antes, aunque algo tarde he venido, á visitar al de siempre, á dar un tiento al *judío*. Me entregará veinte duros, le firmaré treinta y cinco... ¡Señor! ¡Si no hay una vida como la de estos destinos... ¡Quién fuera jefe! ¡Sí, jefe! Y el jefe estará lo mismo.

Á PRIMERO DE MES.

—«Caballeros, á cobrar». ¡Gracias á Dios que han llamado! Hombre, el primero de mes se hace el tiempo menos largo, y se lee más de prisa, y se escribe más despacio; y el café sabe mejor, y hasta el jefe es más simpático. Voy á cobrar, y á pagar al señor habilitado, que por desgracia es el único de quien no nos escapamos. Pues, señor, cobré. Mas ¿qué me importa que haya cobrado?... Para el casero, diez duros; para el zapatero, cuatro;

para el sastre, siete y medio; para el judío... ¡un trancazo!... Pues si falta para el médico, falta para el boticario, y también para el tendero, y también para el criado; y en fin, falta más que quiero faltar... ¡Pues que queden faltos! Igualdad ante la ley... ¡del embudo! Ya estoy harto de pagar á todo el mundo, y hago suspensión de pagos, que si pago con mi pego, ya es pagar y pegar algo. Al que quiera retención, á turno, como abonados. No hay una vida más pobre que la del pobre empleado.

Al lector. Nota importante. Todo el cuento que he contado, me lo ha contado un cesante... que nunca ha sido empleado.

LUIS COLL.

LA PÍCARA... JAQUECA.

SONETO.

Mal se siente esta noche la condesa:
en un amplio sillón medio acostada,
el libro que entretiene su velada
acaba por tirar bajo la mesa.

Sin la invisible red de que fué presa
cuelga su cabellera destrenzada,
se alza después, suspira fatigada,
y con doliente voz llama:—¡Teresa!

—¿Qué tiene la señora?—le responde
otra voz juvenil, fresca y vibrante.
—Jaquica debe ser...

—¿Qué diré al conde?...

—Dile que no recibo, y es bastante;
quisiera descansar, y no sé dónde...
¡Ah! Si viene el barón que entre al instante.

MANUEL DEL PALACIO.

EXPEDIENTE DE MATRIMONIO.

Sostiene mi amigo Pepe Tirillas, casado recientemente con Librada Matute, que á todo el que intenta contraer justas nupcias se le forma su respectivo *expediente de matrimonio*, por la familia de la novia antes de llegar á la Vicaría; y afirma que ni la fuerza de voluntad de un toro de Veragua ni los capitales de un Creso son nunca bastantes para eludirlo, como se eluden, por ejemplo, las *amonestaciones*.

Quiere esto decir que el *expediente de matrimonio* formado por la familia de la futura, es una formalidad previa é indispensable.

Pepe cuenta que *hizo el amor* correctamente á Librada, chica bonita, aunque algo bizca del izquierdo.

La chica *se timó* desde luego, y planteada la cuestión, recorrió los trámites que á continuación se expresan.

Pepe escribió su carta, declarándose, en el estilo *cursi*, que es el usual en tales casos, y se procedió á *incoar* el expediente en la forma que van ustedes á ver.

Cabeza del expediente.—Figuraba en ella la carta declarativa, que el padre de Librada, auxiliar séptimo de una dependencia de Hacienda y hombre entrado en años y en manguitos, tituló *Instancia en solicitud de matrimonio con nuestra hija*, haciendo el correspondiente extracto.

Via gubernativa. Es lo mismo que *vía húmeda*.—Se inició con el traslado de la carta de Pepe, y las averiguaciones sobre su vida y milagros practicadas de común acuerdo por la madre de Librada y doña Candelas Carpa, su vecina, suegra de un alférez de la Guardia Civil, y aficionada á esta clase de trabajos.

Resultó de ellos que Pepe es de Andújar, y que en Andújar habita su familia, cuyo miembro principal es un tío rico, solterón empedernido y morigerado.

La suegra del guardia civil se procuró los antecedentes penales de Tirillas, reducidos, á chico-leos y á aventuras amorosas de *poca monta*, según suponía, no sé si con fundamento, el auxiliar vigésimo de Hacienda.

Nota instructiva.—La escribió el propio auxiliar, añadiendo: «Los antecedentes del expediente hacen concebir la ilusión de que Pepe es, en el fondo, un buen chico.»

Pepe es teniente de infantería. Conviene no olvidar este interesante dato.

No contentos con lo anterior, los papás de la pretendida reclamaron á Andújar el

Dictamen facultativo referente á las *condiciones físicas* de Pepe, y predisposiciones morbosas, con una ligera noticia histórica de sus pasadas vicisitudes y *traspies*, si los había.

Pepe, á todo esto, seguía tan enamorado como antes, y esperando siempre la respuesta de su adorado tormento, ignorante del que le estaban dando á él entre todos los parientes y amigos de Librada.

Obrantes ya en el expediente los antecedentes penales; demostrado que no hay más puntos negros en la vida del teniente que los ojos de algunas chicas, ni más achaques censurables que la afición á las poseedoras de dichos ojos; y *considerando* que tales aficiones no habían ocasionado compromisos gordos ó *gorditos*, que se supiera al menos, se trató ya de la cuestión batallona: la de intereses.

Despachados los oportunos exhortos á Andújar, se puso en claro que Pepe carecía de bienes.

—¡No tiene más que su espada!—exclamó la mamá de Librada.

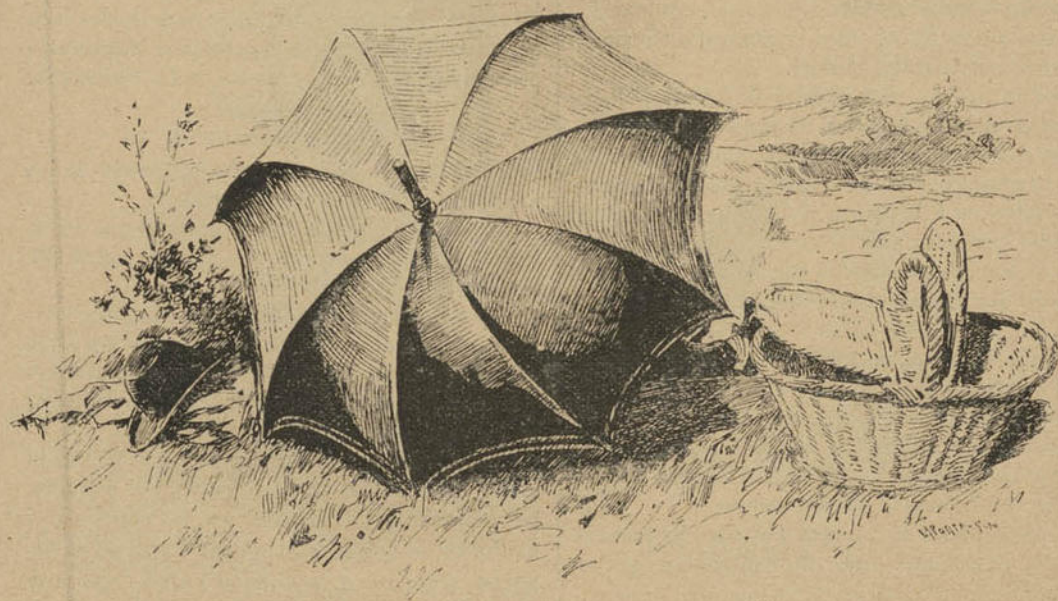
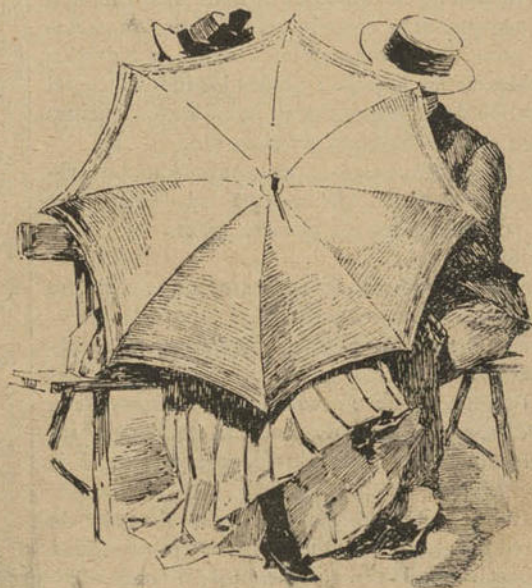
—Y es bastante,—pensó ésta.

—Treinta y siete duros al mes es muy poco,—opinó Candelas.

ORDEN PÚBLICO.—(Dibujo de C. Plá.)



—En cuanto encienda el cigarro...

AUXILIARES DEL AMOR, *por Rojas.*

—Nosotros vivimos con menos,—saltó la del sotabanco.

—Pero toman ustedes el chocolate con cuenta-gotas, y consultan, para echar al puchero los garbanzos, la aritmética de Cardán,—dijo un redactor del *Eco* de no sé qué, huésped de Candelas.

Entonces se acordó (y no es broma) pasar el expediente al consejo de estado.

El consejo de estado de la familia de Librada, lo componían: la vecindad, sin excluir á la portera, unas tías y otras primas viejas, y todos los residentes en Andújar, y todos los individuos del batallón de Pepe que fueran habidos, ó á quienes fuera posible dirigirse por el correo.

Informe del consejo. Era luminosísimo. Lo primero que sostenía, era la necesidad de acreditar las probabilidades de morir pronto del tío de Andújar.

Solicitados estos datos, aparecía que el tío no tenía trazas de morir nunca.

El informe, además, pedía que se oyera al interesado.

Personado éste en autos, dijo llamarse Pepe Tirillas, ser natural de Andújar, vecino de esta corte, sin bienes conocidos suyos; y protestó ir *con buen fin*.

El consejo concluyó: que en vista de todo; de lo malos que están los tiempos; de la probabilidad de que al fin el tío se muera; de lo buen mozo que era (y sigue siendo) Pepe, y de que no hay otros candidatos á la mano de Librada en campaña, procedía despachar favorablemente la pretensión... *cuanti más* (copio textualmente) que Librada no estaba en situación de desperdiciar aquella ocasión de tomar estado.

Los padres de la chica se conformaron con el ilustrado parecer del consejo.

—Con que ya ven ustedes—añade hoy Pepe cuando relata los azares y trámites de la cuestión de su casamiento—lo que cuesta hoy la sola idea de matrimonio; esto sin llegar á otras menudencias relativas á la teoría de Maltus, economista célebre que todavía va á salirse con la suya, de que la humanidad acabará muriéndose de hambre al paso que camina el aumento de la población.

Pepe y Librada se casaron como Dios manda, por lo religioso, por lo civil y por lo carabinero; y apenas han trascurrido tres ó cuatro meses del fausto acontecimiento, y ya suele profetizar mi amigo con amargura, aludiendo á su paga de teniente y á no sé qué otros *síntomas*:

—Hasta ahora he hablado á ustedes del *extracto* del expediente: otro día hablaremos de las *trips*.

R. GIL OSORIO Y SÁNCHEZ.

TRAJEOTOMÍA.

¡Sensible operación, cuando la sufre una *prenda* querida!

Unas veces tiene lugar en el cuello; pero en otras ocasiones alcanza á las solapas, á las mangas y á los faldones.

Aunque—dicho sea en honor de nuestros sentimientos filantrópicos,—siempre tratamos de disminuir los horrores de la operación por medio del cloroformo; quiero decir, de la bencina.

Trátase, como ustedes comprenderán, de la medicina quirúrgica aplicada á las prendas de vestir.

¡Cuántos cron-chalecos, cuántas levitas-prinz, son operados diariamente sin que los Makenzie, Brausann y Bergusann de la sastrería consigan más honor ni más provecho que el que les proporciona su título modesto de *remendones*!

¡Vaya un modo de recompensarles por tan honroso oficio! Llamarles sastres de *portal*.

Bien es verdad que todo recae en provecho de la institución. ¡La *trajeotomía*—como la religión cristiana—ha nacido en un portal!

—«Somos de ayer,—les decía Tertuliano á los Césares,—y ya llenamos vuestros templos, vuestras aldeas y vuestras ciudades.»

—Poco valdremos,—podrá hoy decir un remendón,—pero ya llenamos vuestros sotabancos y vuestras porterías.

Toda prenda de vestir nace condenada á la *trajeotomía*, como todo niño de ahora nace condenado á la vacuna, todo infante hebreo nacia condenado á la circuncisión, y todo salvaje recién nacido tiene que sufrir la *partitura* de los labios, para irse acostumbrando á la sangre.

Desde el joven *pedant* que se hace mudar cada ocho días las bandas de la capa hasta el cesante empedernido que dice con música de *La Calandria*:

*ocho veces el gabán
me lo he vuelto del revés,*

todos aplican al traje la moda dramática de los *arreglos*, *versiones* y *traducciones*.

Hay modas que se generalizan antes que otras, á favor de la socorrida y nunca bien ponderada *trajeotomía*.

Cuando empezaron á usarse los pantalones estrechos, las americanas de mangas ceñidas y los gabanes hasta la cintura, los sastres de portal hicieron su Agosto, y las prendas de vestir hicieron su Febrero,—por lo cortas.

Toda la labor estaba reducida á cortar medio metro los antiguos *rusos*, á quitar del pantalón las «campanas»,—*repicadas* por el barro,—y á modificar las holgadas chaquetas, haciendo de sus anchas mangas parroquiales estrechas mangas de riego. Pero si la moda establece los pantalones á lo zuavo, las cazadoras hasta la rodilla y las solapas á lo *incroyable*, sólo pueden ser elegantes las personas pudientes y los chicos previsores que en-

cargan al sastre deje mucha tela en las costuras.

Las reformas que consisten en quitar, se adoptan más pronto que las que consisten en añadir.

Por eso Calvino, Lutero y Zwinglio, al hacer la suya, podaron á la antigua religión de sus misterios, sus ritos y sus ceremonias.

Cuando se estilan los sombreros de ala estrecha, todo el mundo adopta en seguida el casquete á lo visigodo.

Pero cuando se llevan alas grandes, el remiendo es más difícil por parte de los sombrereros.

Porque las alas postizas suelen traer malas consecuencias desde el mitológico batacazo de Icaro.



La operación de la *trajeotomía* tiene influencia sobre todos los órdenes de la vida, desde el orden público hasta el orden sacerdotal.

¡Cuántos políticos hay que *vuelven la casaca*! ¡Cuántos jueces que hacen mangas y capirotos! ¡Cuánto amigo solapado! ¡Cuánto celoso que le sienta las costuras á su mujer!

Y no es un arte prosaico donde todo se vuelve *echar cuchillos*, cambiar trencillas, zurcir *sietes* y remudar botones.

La *trajeotomía* tiene su historia, como cualquiera institución, más ó menos jurídica.

Recuérdese el motín de Esquilache, y se verá lo peligrosa que resulta la tijera del *remendón*, en manos de un ministro de la Corona.

Aquellos sayones que partieron á trozos las vestiduras de Cristo y el caritativo San Martín que dividió su capa con un *mendigo*, son ejemplos de *trajeotomía* religiosa.

Y si forzamos un poco la máquina, podemos considerar como padres legítimos del progreso moderno las bragas remendadas, pero gloriosas, de los *sansculottes*.

Hay quien cobra cariño á un pantalón ó á un chaleco, y no se los quita ni para dormir.

Y esta unión perpetua é indisoluble del individuo con su levita-cónyuge puede sostenerse con dignidad, merced á las anuales reformas del sastre y á las abluciones purificadoras del *qui-a-manchas*.

Sólo á los hombres grandes—de cuya integridad depende la integridad de la nación—les está permitida la integridad de su vestimenta, á pesar de los lamparones, de la polilla y de los descosidos.

De ese modo han pasado á la historia:

Las hopalandas de Luis XI, con sus gotas de cera y sus pieles apollilladas;

El redingot de Napoleón I, con sus bolsillos robados y el *delantero* mugriento por el rapé;

Y hasta el célebre gabán pardo de don Baldomero Espartero, eficaz remedio—según pensaba el general—para reprimir los motines de la milicia.

Conste, pues, que la *trajeotomía* es nombre nuevo, pero institución muy conocida.

Díganlo los autores cómicos, tan aficionados á *echar piezas*.

Y las niñas murmuradoras, tan dadas á cortar vestidos.

LUIS ROYO VILLANOVA.

EN UN CAFÉ.



—Tengo dinero. Tortilla, una chuleta y café...

—¡Y bien que lo habrás ganado!

—Y á usted ¿qué le importa?... ¡A ver! Si no sirvieran ustedes mas que al que lo gana bien, podría el amo desde ahora mandar cerrar el café.

EL AVISADOR



Ya hemos dicho en otra ocasión que en la complicada máquina teatral no hay nada sin importancia, por insignificante que parezca.

En la escala jerárquica del teatro, el *Avisador* ocupa un lugar modesto, y sin embargo, las múltiples funciones que desempeña y la calidad de las mismas le dan derecho indiscutible á una categoría de primer orden.

Entidad modesta, sin aspiraciones para el porvenir, limitase á desempeñar su cometido *viviendo al día* y rogando á Dios que no quiebre la empresa á cuyo servicio se halla.

La historia teatral no registra aún el caso de una huelga de avisadores.

Una rebelión de este género equivaldría á la clausura de los coliseos por tiempo ilimitado, porque un buen avisador no se forma en cuatro días.

Para poner de manifiesto esta verdad vamos á detallar las condiciones constituyentes del *funcionario* que nos ocupa.

Su nombre de pila ha de ser vulgar.

Si se llamara algo más de Paco, Juan, Pepo, Ramón, Antonio, en fin, de cualquiera de los

nombres adocenados y ramplones de que están llenos los almanaques, no serviría para el puesto.

A un avisador llamado Arturo, Aníbal, Edgardo, etc., etc., no se le podría enviar nora mala en determinadas ocasiones, sin decirle: «Que me traigan café.»

Ha de ser hombre de muchos piés.

Un avisador con alas realizaría el ideal de la clase.

No ha de estar muy metido en carnes, bien que si lo está al empezar á *ejercer*, los disgustos, las carreras y el trabajo agobiador se las aprietan.

Si las carnes pertenecen á la clase de las rebeldes, si son de aquellas que no disminuyen con un ejercicio corporal, igual exactamente al movimiento continuo, el avisador que las posea debe dimitir y tomar otro oficio.

Ha de ser callado como un sepulcro, perspicaz como Argos, discreto como el buzón de correos, y más diligente que un investigador de contribuciones cuando *aún no tiene mas que el sueldo*.

No ha de tener sombrero de copa ni levita, y si los tiene, por herencia ó por regalo debido á la gratitud de algún actor *sobrado de prendas*, no debe usarlos mas que en el acto de contraer matrimonio ó en algún entierro de aquellos en que se repica gordo.

La levita á diario, á más de acusar poca modestia, engendraría rivalidades entre las diferentes agrupaciones del teatro, atrayendo odios y malas voluntades sobre el pobre avisador. Tampoco ha de gastar sombrero de alas anchas á lo chulo, porque cercenaría la seriedad del tipo que describimos.

Una americana obscura, un chaleco de igual tela que la americana, un pantalón de tonos honestos, corbata sin relumbrones y un sombrero redondo y negro—aunque sea de color café sin leche no importa—completan ó deben completar el traje del avisador.

El calzado merece párrafo aparte.

La importación de la moda inglesa con respecto á este artículo ha sido salvadora para el trasegado y movido gremio de los avisadores.

Tacón bajo, ancha suela, más ancha que la planta del pié, por supuesto,—que en eso está el quid—y punta desahogada y capaz de permitir los caprichosos movimientos del dedo gordo y demás compañeros mártires, hasta hace poco han evitado á muchos avisadores una cojera irremediable.

El avisador ha de gastar reloj y cartera con buen lápiz, porque si es bueno tener memoria, discreto es ayudarla.

El avisador llega al teatro media hora antes que todo el mundo.

Estimula al barrendero para que cumpla con pulcritud los limpios deberes de su cargo, y una vez hecha la limpieza del escenario, le manda al guardarropa poner la mesa de ensayo, con su tapete verde tradicional y sus candeleros de hoja de lata, provistos de bujías nuevas.

En el teatro *se estrenan* luces todos los días. Los *cabos* forman parte de una misteriosa especulación explotada entre el avisador y el alumbrante, de común acuerdo.

Deja sobre la mesa los ejemplares de las obras que se hallan en estudio, y sobre el piano de las partes y el situado en el salón de los coros las *particellas* y la *voz y bajo* de las piezas que van á ensayarse.

Además cuelga de un clavo de cualquier bastidor la tablilla de ensayos, para que el director la tenga á la vista.

Si ha de leer la orquesta, como el avisador sabe perfectamente el sitio que ocupa cada *instrumento*, coloca sobre los atriles los papeles sin el menor trocintinas.

Hechas estas operaciones, mira el reloj.

Aún faltan seis minutos para la hora del primer ensayo. El avisador respira con la satisfacción del hombre que ha cumplido con su deber.

Llega el director, y poco á poco van llegando los coros y las partes.

Como la puntualidad no es la condición distintiva de los artistas españoles, el director se impacienta, y anticipándose á sus deseos, el avisador pone en movimiento su máquina, que tiene siempre las calderas encendidas, y rápido como el viento, avisa á los rezagados, va á casa del copiante—que faltando á su palabra no ha traído el ejemplar á la hora prescrita—encarga en el café que lleven al teatro unos cuantos almuerzos y varios *cafeses*, y en una palabra, corre en una hora más que un cartero en cinco.

Llega rendido al teatro, descansa un instante, y elogia mentalmente á Inglaterra por las comodidades que ha sabido introducir en la forma del calzado.

El buen avisador sabe más contabilidad que un tenedor de libros.

Sin un profundo conocimiento de la partida doble no podría entenderse con el mozo del café.

Él sabe quién paga el *consumo* por decenas al tiempo de cobrar la nómina, quién paga al contado, cuál corista está abonada á un turno de media tostada, las que tienen abono á diario á chuleta, riñones ó huevos fritos con tomate, cuántas de ellas pagan sus cuentas directamente y cuáles otras tienen *cajero* en forma de abonado ó *amateur*; en fin, el avisador lo sabe todo, hasta el detalle más íntimo, no ya de la vida artística, sino de la exclusivamente privada; y sin embargo, ja-

más una indiscreción suya descorre el velo bajo el cual se encubren los misterios, por más amorosos que sean.

El avisador conoce y trata á todos los autores dramáticos y compositores célebres, y puede enorgullecerse de que él es el único *sér* para quien el gran poeta ó el músico eminente siempre está en casa.

¡Cuántas veces, cuántas su mano es la primera que recibe las cuartillas ó el pentágrama donde el talento derrama sus creaciones inmortales!

Si yo fuera pintor y tuviera necesidad de hacer la alegoría de la honradez, pintaría un avisador.

El archivo, los sueldos de los artistas *más caros*, los autógrafos de los grandes dramaturgos y de los maestros más reputados y esclarecidos, todo, todo pasa por su mano.

Hasta los billetes perfumados en que el gomoso, el diputado ó el embajador declara su atrevido pensamiento á ésta ó la otra artista.

Y al pintar un avisador para sintetizar la honradez, abrazada á la *discreción* y á la *inteligencia*, si me acordaba de la Zarzuela retrataría á Reguera, y si pensaba en el teatro Español, á Paco Pérez.

¡Nombres ilustres que dan brillo á la *cuarta potencia, espiritual* del también inolvidable don Francisco Salas.

Y Paco Pérez el *sextodado* del inmortal Julián Romea, que siempre lo tenía á mano.

Reguera sabe al dedillo la fecha de los estrenos de todas las zarzuelas representadas en los *buenos tiempos*, como él decía, y Paco Pérez la de los dramas puestos en escena desde *El Trovador* acá.

También el avisador ha de saber idiomas.

No me refiero á los avisadores del teatro Real, en quienes esta circunstancia es absolutamente imprescindible.

El más modesto avisador del regio coliseo habla italiano tan correctamente como cualquiera vaca suiza.

Así y todo se *hace entender*.

Pero llegan á los teatros españoles compañías extranjeras,—con frecuencia perjudicial en opinión de los artistas de España y provechosa en mi sentir—y aquí del ingenio de los avisadores.

Desde el primer día se hacen entender y se comunican maravillosamente con los extranjeros, si no por medio de la palabra, con la expresión de los ojos y la prodigiosa exactitud descriptiva de los gestos.

Prova, repetition, sarto, coiffeur, sugeritore, billet de service, costumia, coulises, recette y argent; argent sobre todo, son palabras que los avisadores *pure sang* saben en mi opinión, desde antes de nacer.

Y lo que no saben lo adivinan.



Terminado el ensayo, el avisador deshace cuanto hizo para prepararlo, y vuelve á correr por esas calles en busca de poetas, músicos ó copiantes. Es un hombre que tiene ideas prácticas de todo, menos del reposo.

Por la noche llega también al teatro antes que todos y es el último que sale. Todos tienen dominio sobre él. Todos pueden mandarle algo. Él es el único que no puede mandar á nadie.

Secretario de todo el mundo y *alma mater* del negocio, el pobre avisador, aun siendo muy bueno, viene á ganar 14 reales diarios!

¡Sueldo miserable con el que ni siquiera se le pega una de sus múltiples funciones!

Pesetas 3,50, para mantener á una familia! Porque á pesar del inmenso trabajo que pesa sobre el avisador, aún le queda tiempo de tener hijos.

¡Pobres avisadores!

Cuando yo sea empresario haré justicia á vuestro mérito.

Por ahora me limito á colocarlos en la fila de los grandes hombres.

Para terminar este artículo ahí van tres anécdotas, que prueban el ingenio de un avisador, muy conocido en el mundo del arte, cuyo nombre callo para no ofender su modestia.

Tenía una notable artista un amante muy celoso y no menos largo de manos.

Dicha artista no gratificó en Pascuas al avisador, que juró vengarse. Vió éste que entraba el amante en el cuartito de la artista y que echaba la llave por dentro; y aprovechando esta circunstancia, da sigilosamente dos golpecitos sobre la puerta y dice con voz fingida y maliciosa intención: «Fulanita, á las dos ábrame usted la puerta.»

Decir esto y oírse el ruido de un palo sobre unas costillas, fué obra de un momento.

El amante creyó que el *aviso* era una cita de amor, sin tener en cuenta que el repertorio cómico español tiene una pieza titulada *Ábrame usted la puerta*, que á la sazón se ensayaba en aquel teatro, y en la que su amada tomaba parte.

El avisador cumplía con su deber leyendo la tablilla de ensayos.

Otra.—Estrenábase un drama en el teatro Español, cuyo foro tiene balcones á la calle del Lobo.

Se paseaba por el foro el autor de la obra con el aturdimiento propio de todo autor en noche de estreno.

Cada vez que pasaba un coche por la calle del Lobo, el autor se sonreía, restregándose las manos de satisfacción.

—¿Qué le pasa á ese hombre?—preguntó un actor, refiriéndose al poeta.

—Pues nada,—contestó el avisador;—que toma por aplausos el ruido que hacen los coches. De modo que si pasa el *carro de la basura*, como mete

más bulla, don Fulano se va á echar á escena, pensando que lo llaman.

Última.—Gracias al donaire y al salero del avisador en cuestión, don Julián Romea le *permitía alternar*, es decir, le consentía que hablara y discutiera en su presencia.

Se trataba de cuándo llegaría á Cuba cierto galán joven que se había embarcado en Cádiz el día 1.º de tal mes.

—El 18,—dijo el avisador.—Los vapores no tardan más que diez y siete, diez y ocho ó diez y nueve días en hacer esa travesía.

—Tardará mucho más,—dijo don Julián.

Sostuvo lo contrario el avisador, alegando siempre en favor suyo el conocimiento profundo que tenía de la marcha de los vapores.

Al fin dijo don Julián:

—Si ese galán joven no va á Cuba en vapor, sino en *barco de vela*.

—¡Basta!—exclamó el avisador de quien hablo.—Entonces, ese *galán joven* llegará á la Habana de CARACTERÍSTICO.

RAFAEL MARÍA LIERN.

LA VERDADERA ENFERMEDAD.



Todo el mal en el estómago
dice el médico que tengo;
pero es el mal que me aflige
no tener treinta años menos.

EPIGRAMAS CALLEJEROS.

I

Dicen que es el primer rata
Nicanor el *chapucero*,
y el segundo y el tercero

el Piri y el Garrapata.
El abanico cien veces
en el año lo visitan,
y si están libres habitan
la calle de los *Tres Paces*.

II

Doña Rosa, una señora
muy fina y bien educada,
no ha tenido una criada
ó sirvienta, que hasta ahora
le haya servido de nada.

Es una cosa espantosa;
la actual es un animal:
saca la comida sosa
siempre... y vive doña Rosa
en la calle de la *Sal*.

III

A mi amigo don Matías,
procurador y abogado,
tres relojes le han robado
en muy poquitos días.
—Pues sin reló no estoy yo,—
dice mi amigo con guasa.
—Como que tengo mi casa
en la calle del *Reló*.

IV

Dos mariscales franceses;
dos hidalgos portugueses;
tres grandes duques *cosacos*;
varios títulos polacos;
cinco ó seis *pares* ingleses;
un rey de raza africana;
una princesa alemana
y otras gentes de blasones
de diferentes naciones,
viven... en la *Castellana*.

V

El pobre don Celedonio
y su costilla Consuelo,
son excelente modelo
de la paz del matrimonio.
¡Tienen cada desazón!
¡Cada *lapo* se sacuden!
¡Y no hay miedo que se muden
de la calle de la *Unión*!

MARIANO DEL TODO.

PASATIEMPOS INOCENTES.

Solución de los publicados en el número 8.

TRIPLE ACRÓSTICO.

CENAR.
EDETA.
SIRIA.
APOLO.
RONDA.

COMBINACIÓN.

ANA.—ATALA.—NARRAR.—ÁLAVA.—ARA.

Han remitido la solución: D. Ramiro Rome-
ro, de Ponferrada.—Bruno é Incera.

Solución de los publicados en el número 9.

INCÓGNITA.

CAN.—BOI.—TOS.—LICOR.
CRISTÓBAL COLÓN.

TRIÁNGULO.

CAMELIA.
ADALID.
MARÍA.
ELIO.
LIA.
ID.
A.

CHARADAS.

1.^a—Orihuela.
2.^a—Coracero.

Han remitido soluciones: Oulfield.—Julia.—
Un guajiro —Pomponnet.—A. M. C.—M.—Pepi-
ta.—Franklin.—La andaluza.—La suscritora del
Pacífico.—Tirante el blanco.—M. C.—I de B.—
Valentina.—Tres eses.—*Un ex-cura Cassolas*.—
Bruno é Incera.—Dr. Tarándula.—Julián Larram-
zar.—Un gato blanco.

INCÓGNITA.

Hallar el apellido de un hombre político, una
letra consonante, el infinitivo de un verbo, una
negación, una nota musical, una afirmación, otra
negación, una virtud y otra negación. Todos de
dos letras, y que combinando las diez y ocho den
el apellido y sobrenombre de un guerrero célebre
de la antigüedad.

TRIANGULO A ELEGIR.

.....	Sustituídos los puntos por le-
.....	tras, leer horizontal y vertical-
.....	mente:
.....	1. ^o Nombre de mujer (la mía).
.....	2. ^o Término de comparación.
.....	3. ^o Composición poética.
.....	4. ^o Secreto de mujer.
.....	5. ^o Artículo de mechas.
.....	6. ^o Imperativo.
.....	7. ^o Vocal.
.....	1. ^o Nombre de hombre.
.....	2. ^o Idem de un ave y un gue-
.....	rrero antiguo.
.....	3. ^o Un orden de formación.
.....	4. ^o Vela.
.....	5. ^o Sér mitológico.
.....	6. ^o Consonante.

R. P. OULDFIELD.

MADRID, 1888.
Imprenta y librería de Miguel Guijarro, Preciados, 5.

LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS, por Urrutia.



—¡Mira tú, que vender tú y yo tanto fuego y estar los dos helados!...

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE
artículos y poesías de nuestros principales
literatos, y viñetas y caricaturas de los
mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería. Teléfono 684

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

EL TOREO.

GRAN DICCIONARIO TAUROMÁQUICO

por

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Consta de dos tomos en 4.º mayor, ilustrados con 89 láminas, retratos de los principales lidiadores y suertes del toreo. Precio, 23 ptas. 50 céntimos.

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

POR

A. DE LAMARTINE.

Tres tomos en 4.º mayor, ilustrados con magníficos grabados intercalados en el texto y retratos aparte. Precio, 24 ptas.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

NOVELA POR

ALEJANDRO DUMAS.

Dos tomos en un volumen en 4.º mayor. Precio, 8 pesetas.

